

## MARCO INTERNACIONAL PARA LA COOPERACION INTERUNIVERSITARIA INTERAMERICANA\*

Edmundo de Alba A.\*\*

Quisiera primeramente agradecer a través de su amable conducto, señor Presidente, a la emergente Organización Universitaria Interamericana, la invitación para dirigir la palabra a tan distinguida comunidad de universitarios y educadores de todo el continente, en este panel que usted tan dignamente preside. Por otra parte, me es grato afirmar que el presente evento constituye un nuevo lazo de unión en la diversidad de nuestro hemisferio y nos ha permitido disfrutar de la gran dinámica y potencia de nuestra hermosa, culta y hospitalaria anfitriona, la ciudad de Quebec.

La educación universitaria, señores, ha sido durante muchos años la gran olvidada de la cooperación internacional. ¿Cuál es el fundamento de esta aserción? Habría que reflexionar sobre las prioridades que guían las acciones de los grandes organismos de cooperación multilateral: la UNESCO, la OEA, o el Comité Intergubernamental de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo, dependiente de la Organización de las Naciones Unidas. Ellos han sostenido principalmente dos prioridades. La primera de ellas, aún válida para muchas naciones del continente, es el enorme esfuerzo que necesariamente debe desplegarse para asegurar la educación básica a toda la población. Así, esta actividad llenó casi por completo los programas de los grandes organismos de cooperación durante los años 50 y 60, y sin duda seguirá siendo la primera prioridad educativa para muchas de nuestras naciones.

En congruencia con esta prioridad, el acuerdo colectivo recientemente establecido en la denominada “Declaración de México” y producto de la reunión de Ministros de Educación y Encargados de la Planeación Económica en Latinoamérica, se propone la meta de alcanzar el cubrimiento total en educación básica para el año 2000. La segunda gran prioridad, que ha recibido una nueva atención en la cooperación internacional, particularmente a partir de la década de los setenta, es sin duda, el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

Ha sido en términos del desarrollo de la infraestructura científica y tecnológica de cada país y los de la consecución de amplios programas científicos donde se ha puesto el acento, quizás más acento verbal que real, al avanzar penosamente en su realidad económica actual los resultados de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Ciencia y Tecnología para el Desarrollo, máxima esperanza en la cooperación científica durante los años-70. En cualquier caso, las grandes preocupaciones internacionales han saltado de la educación básica a la de posgrado dejando de lado en este salto el amplio campo de la educación técnica media o superior y la educación universitaria en su fase de licenciatura.

En la problemática de este nivel radica la posibilidad de centrar la estrategia de una cooperación internacional ampliada. En los países latinoamericanos, a diferencia de lo que acontece en la parte norte del continente, la característica casi generalizada de los sistemas universitarios es su gran rapidez de crecimiento.

En mi país, al sostener una política de democratización de la enseñanza, durante el último decenio se ha mantenido un ritmo de crecimiento del 14 por ciento anual, tasa que se divide en un 9 por ciento para la megalópolis de la ciudad de México y 19 por ciento para el resto del país. Poseemos ahora cuatro instituciones de educación superior con más de 100 mil estudiantes. De ellas, las dos más grandes del Distrito Federal alcanzaron 160 mil estudiantes una, y 320 mil la otra.

Nuestro sistema universitario, al abarcar en muchos casos la educación media superior postsecundaria, incluye en su seno a más de un millón setecientos mil estudiantes, de los cuales 900 mil están inscritos en estudios postsecundarios, 800 mil en licenciatura universitaria y cerca de 40 mil en posgrado. Asimismo, contamos con 10 mil estudiantes que hacen su posgrado en el extranjero. Con el ritmo de crecimiento actual, esta situación plantea la necesidad de incorporar cerca de 10 mil nuevos profesores universitarios por año a los niveles de licenciatura y posgrado que, por la afluencia de sus beneficiarios, estos niveles se encuentran en un proceso de

\* Conferencia en la Organización Universitaria Interamericana Quebec, Canadá, octubre de 1980.

\*\* Director general de Investigación Científica y Superación Académica, Secretaría de Educación Pública. México.

masificación. Sin embargo, el nivel de jóvenes en edad universitaria atendidos en el país, solamente alcanza la cifra del 10 por ciento de la población con esa edad, cifra que fue superada en Europa a principios de los sesenta.

Aun así, en México y contando todas las edades, uno de cada tres mexicanos se encuentra actualmente dentro del sistema educativo nacional, por lo que no prevemos a corto plazo una reducción en los niveles de crecimiento de la educación superior. Frente a estas cifras, la masificación debe resolverse sin perder el debido incremento de la calidad de la enseñanza, lo cual acentúa la necesidad de revisar y acelerar los métodos de formación de profesores.

Los cursos masivos de actualización de profesores y la apertura de mayores oportunidades en el nivel de posgrado, son algunas de las formas de respuesta a este problema; sin embargo, el método ortodoxo de formación del catedrático universitario ha cambiado poco desde la Edad Media a nuestros días. En tal sentido, la tradición artesanal que encauza individual y tutorialmente al futuro profesor-investigador resulta demasiado lenta para los requerimientos actuales.

No obstante que las estadísticas recientes nos muestran que los planes de estudio de la mayoría de las maestrías son de dos años, y las del doctorado de cuatro posteriores a la licenciatura, el tiempo de residencia para la presentación de los exámenes finales es en promedio del doble. Esto quiere decir que se necesitan ocho años después de la licenciatura para formar un doctor, lo cual resulta un tiempo demasiado largo para tan ingente demanda. De ahí que la solución no puede provenir sino de la capacidad de innovación en el diseño y ejecución de nuevas técnicas de formación de profesores para el nivel superior.

Los sistemas de educación normal han sido tradicionalmente los formadores de profesores en forma masiva, pero en general, sus técnicas y métodos están restringidos a los requeridos en la enseñanza básica, mientras que el sistema educativo superior requiere de didácticas y pedagogías específicas, aquellas estrictamente diseñadas para la docencia especializada. Aquí es donde se puede poner un énfasis especial en la cooperación interuniversitaria.

De las diversas ciencias básicas, ha sido la matemática la que se ha preocupado más en la solución de este problema; por ello la investigación sobre la enseñanza específica de la matemática ha recibido un mayor impulso. No vemos sino en forma atenuada un esfuerzo similar de investigación para la enseñanza de otras ciencias o técnicas.

Como universitarios, debemos conocer más y en mejor forma el proceso de enseñanza-aprendizaje en el nivel superior evitando la copia acrítica de tecnologías desarrolladas para otros niveles educativos. Con este propósito, la formación de redes continentales de centros de investigación sobre la enseñanza superior de las ciencias, tecnologías o humanidades, pueden ser un elemento importante para el desarrollo de esquemas multipolares de cooperación interuniversitaria, que apoye directamente el desarrollo de la docencia, primera función de la educación superior. Este esquema resultaría en una ampliación de usuales formas de cooperación consistentes en el intercambio de profesores y becarios, formas tradicionales que, sin embargo, guardarán su importancia y se ampliarán manifiestamente en los próximos años.

La segunda gran función universitaria, la investigación, ha tenido otro nivel de desarrollo y otras perspectivas dentro de la cooperación internacional.

Durante los años cincuentas y parte de los sesentas, la formación de maestros universitarios de alto nivel se realizaba en el extranjero para casi todos los países de América Latina. Sin embargo, a partir de los setentas, en varios países latinoamericanos se crearon las bases para una formación endógena de estos cuadros.

Hemos mencionado que en México y en este año, el 80 por ciento de nuestros profesores con maestría o doctorado se forma en el país. Este porcentaje no puede crecer mucho si queremos mantener nuestro sistema educativo científico y tecnológico abierto a las diferentes corrientes académicas que existen en el mundo.

En América Latina, si bien contamos con las universidades más antiguas del continente, con más de 400 años de existencia, (las de México, de Puebla, de Perú y de Santo Domingo), la mayoría de los establecimientos educativos superiores tienen menos de 20 años de antigüedad. Han sido creados dentro de la gran corriente de masificación y de variación en los términos de los intercambios académicos internacionales. Con esa variación

operada en los últimos años cabe esperar que la década de los ochenta puede darnos un marco más claro de las posibilidades de cooperación interuniversitaria.

Ante la visión socioeconómica que nos ha sido presentada ayer en forma particularmente brillante por el director regional de la CEPAL, Luciano Tomassino, su complemento científico tecnológico nos es de particular interés. En los años cincuenta y parte de los sesenta la capacidad para generar endógenamente los elementos básicos de la investigación se encontraba sumamente reducida en América Latina, sin descontar unas cuantas excepciones.

La percepción que se tenía de la importancia de la ciencia en las esferas políticas de decisión era aún incipiente, y por ello, entre otras limitantes, la provisión de fondos requeridos para la formación del personal y de las infraestructuras necesarias no era adecuada. De ahí que gran parte del desarrollo de alto nivel proviniese del exterior. Esa fue un época de gran acción de las fundaciones internacionales y de los principios de intercambio internacional basados en la asistencia técnica. Se tenía realmente que prestar asistencia en forma generalizada. Los recursos nacionales para la formación de investigadores y para la realización de investigación en la mayoría de las áreas, tanto geográficas como académicas, eran a todas luces insuficientes. El apoyo internacional ayudó a llenar parte de ese hueco. Sin embargo, no obstante las circunstancias del momento, empezó la acumulación del capital humano recién formado. Se inició la consolidación de la infraestructura científica nacional en diversos países de América Latina; se diversificaron los campos del quehacer de investigación científica universitaria y, paralelamente, empezó una mayor preocupación en los medios de decisión política sobre los aspectos del desarrollo tecnológico, como respuesta al inicio del agotamiento de los modelos económicos basados fundamentalmente en la sustitución de importaciones. Este periodo abarca, por lo general, de los mediados de los sesenta a los principios de los setenta. A partir de ese momento, se multiplicaron los contactos internacionales, particularmente los establecidos entre científicos y tecnólogos en América Latina; asimismo se crearon nuevos esquemas formales e informales de contacto horizontal al tiempo que al nivel global emergieron tanto las políticas de preocupación por la acción de las empresas transnacionales como la de atención al problema de la transferencia tecnológica. Por otra parte, casi simultáneamente, esto es dentro de un lapso de menos de un decenio, se crearon y empezaron a funcionar los organismos nacionales gubernamentales encargados del desarrollo tecnológico, al tiempo que se hizo más claro el concepto de desarrollo endógeno, de autoconfianza colectiva, reforzando la presencia de las voces del sur en los organismos internacionales, como resultado de su mayor poder de negociación.

Este nuevo nivel de confianza y la existencia de infraestructuras todavía modestas, son factores que modifican los términos del intercambio, imponiéndose la noción de cooperación internacional a la ya agotada de asistencia técnica. Este fenómeno se debe, en parte, al hecho del reconocimiento de que las regiones menos desarrolladas también tienen elementos con qué contribuir a un ejercicio común. Pero no es sólo esto lo que interesa destacar, pues la importancia que tienen para el desarrollo de las infraestructuras los elementos económicos del apoyo externo empiezan a perder el significado y la importancia debido a que las promesas y acuerdos de los países desarrollados no se han cumplido satisfactoriamente. Como efecto de estos hechos, las metas de cooperación científica y tecnológica para los años setenta se encontraron siempre muy lejos de las aparentemente aceptadas en la negociación del Plan para el Segundo Decenio del Desarrollo de las Naciones Unidas, en tanto que los recursos económicos considerados por los organismos regionales también resultaron muy por abajo de las expectativas con las que fueron creados. Por ello el apoyo internacional se desplazó de la posición de elemento crítico en el desarrollo infraestructural científico y tecnológico, al de elemento complementario del esfuerzo propio. Consecuentemente, y en virtud de la experiencia asimilada, emerge una gran fuerza para la década del ochenta, la cooperación sur-sur como un nuevo elemento que tendrá relieve especial en la cooperación educativa, científica y tecnológica del decenio.

Nada permite hacer prever un gran volumen de crecimiento en la cooperación que se desarrolla a través de los grandes organismos multilaterales encargados de la educación, la ciencia y la tecnología. Quizás se incremente la participación de estos elementos a través de las acciones de financiamiento de los bancos multilaterales, que por su carácter no pueden analizarse en los mismos términos en los que vemos las acciones de cooperación. Habrá un mayor peso del sur en los organismos no-gubernamentales relacionados con la educación, la ciencia y la tecnología y esperamos que esta perspectiva permita lograr nuevos niveles de justicia y equidad en los

organismos multilaterales, de tal modo que no se produzca un efecto de desatención al proceso multilateral, ni se exagere la presencia individual de los países desarrollados en la cooperación bilateral como producto de una política de mayor visibilidad individualista de estos países.

Estas reflexiones permiten afirmar que la creación de nuevos foros multilaterales, como el que ahora nos ocupa, es un paso adelante en la estrategia de apoyo conjunto para un desarrollo más compartido. Esas son a mi juicio las sombras y las expectativas de la cooperación en el próximo decenio.